

Aguas aéreas

De antiguos edificios adornada

David Huerta

para Xohana Bastida

Los desmoronados testimonios de los romanos antiguos en el áspero flanco de la montaña; la hermosa Cava en sus aposentos o en su torreón mítico y el rey Rodrigo, injusto forzador y culpable de la pérdida de España; los solemnes y albos rabinos de la Sinagoga del Tránsito; los imanes suntuosos de las mezquitas y los sombríos arzobispos del Sagrario-catedral, erizado en sus armazones góticas; los comuneros altivos de 1526, rabiosos contra el emperador; las procesiones de Semana Santa encabezadas por el cardenal primado; las vistas de la ciudad desde los cigarales, jaspeados por una luz hecha de ceniza y silencio; las orillas arenosas del río, acaso doradas o ensangrentadas; la dulzura de unos mazapanes y el bravo regusto de unas empanadas de jabalí; el pintor Theotokópoulos ante la ilustre y clara pesadumbre de la ciudad milenaria; los hábiles cicateruelos de Zocodover, maestros vertiginosos en las torcidas artes de la *picardía*; los poetas geniales, y a la cabeza de todos ellos, el caballero Garcilaso de la Vega, *contino* del emperador Carlos y espíritu sublime. Garcilaso: una de las mejores mentes de la vieja Europa.

En una escena de la comedia gongorina *Las firmezas de Isabela*, un personaje declama ante la vista de la ciudad adonde se dirige, y para describir el lugar donde se asienta dice lo siguiente:

Esa montaña que precipitante
ha tantos siglos que se viene abajo.

(Le he quitado la puntuación a esos dos versos, en especial al primero de ellos: ni coma después de “montaña”, ni comas a los lados de “precipitante”; es una especie de profanación, quizá: pero hace falta para poner de resalto, según yo, la excepcionalidad de la prosodia gongorina. Así el verso, montañoso y toledano, se *precipita* mejor). Esa montaña es la eminencia donde se encuentra la ciudad de Toledo, tema de estos renglones. Don Luis de Góngora utilizó un participio verdaderamente llamativo (“precipitante”) para describirla y no lo utilizó en ningún otro sitio de su obra. La acentuación del primer verso (“Esta montaña que precipitante”) ha llamado la atención de la crítica: sílabas tónicas en la cuarta sílaba y el obligatorio en décima: solamente dos acentos en las once sílabas canónicas del verso italiano. Dámaso Alonso comentó analíticamente ese verso con perspicacia: gracias a comentarios como éste acercó a los lectores de su clásico libro *Poesía española* a los temas y procedimientos fundamentales de la estilística. En ese verso memorable, la montaña se “viene abajo” siempre, desde hace siglos —nunca termina de derrumbarse, siempre se mantiene en un estado virtual de caída no cumplida, siempre “se precipita”, “está precipitándose”.

En las páginas de “La ilustre fregona”, Miguel de Cervantes pinta algunos cuadros animadísimos de la plaza toledana de Zocodover. El cuadro del Toledo rufianesco es delicioso y no le pide nada a la prosa de Francisco de Quevedo —la diferencia es la falta de hiel en Cervantes, humor siempre excesivo en el Señor de la Torre de Juan Abad. Sin duda, Cervantes conocía bien Toledo, como conocía mil rincones de la España de los Austria. El Toledo de “La ilustre fregona” es un cuadro de fondo perfecto para la intriga tejida alrededor de la hermosa Costanza, la *fregona* del título.

En el *Quijote*, también, aparece Toledo y específicamente las aguas del río, en uno de mis pasajes favoritos y alucinados: los baños de ovejas y carneros vistos como ejércitos formidables por los ojos hechizados de don Quijote:

“En estotro escuadrón vienen lo que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo...”.

Debe ser más o menos fácil encontrar otras citas semejantes. A mí me gusta ésta, del capítulo 18 de la Primera parte de la novela. En primer lugar, por la mención explícita de los dos ríos paradigmáticos de Andalucía y de Castilla: el Guadalquivir o Betis, el Tajo castellano y específicamente toledano. Hay otra razón: si bien la mención comparativa de los dos ríos era convencional, me recuerda siempre cómo la trata Góngora en su poema de homenaje a su ciudad natal, la Córdoba del Gran Capitán, de Séneca y de Juan de Mena: dice del Guadalquivir-Betis y acerca de sus arenas: “de arenas nobles, ya que no doradas”. La nobleza del gran río andaluz es aquí comparada, en términos encomiásticos, con otro río no mencionado, un río de “arenas doradas”: el Tajo (o el Darro, apunta Antonio Carreira).

Toledo de El Greco, Toledo de Góngora y Garcilaso, Toledo de Cervantes y fray Luis de León. Y el Toledo histórico del Alcázar en la Guerra Civil española. La ciudad está muerta a los ojos de algunos españoles: demasiado museificada y estilizada, para su gusto; para otros, es una ciudad cargada de tiempo, de siglos, de cultura, de religión y de literatura —también de violencia y de sangre.

Toledo está jaspeada de imágenes y de historias profundamente españolas, específicamente castellanas, en las cuales resulta difícil distinguir el mito de los hechos.

Es decir, Toledo es un lugar al mismo tiempo mítico e histórico, legendario y cargado de política y de poderes ultramundanos y seculares, comparable, en ese sentido, a Venecia, entre las viejas ciudades europeas. Todo eso y algo más: su belleza; por eso pienso en la comparación con Venecia. Son, además, ciudades del agua: los canales, el Adriático, el Tajo.

La Égloga tercera de Garcilaso de la Vega tiene lugar en las orillas ribereñas del Tajo. La aparición de las ninfas fluviales está antecedida por una formidable recreación castellana del clásico *locus amœnus*:

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura
y así la teje arriba y encadena
que'l sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido,
alegando la vista y el oído.

Muchas ediciones ponen “hierba” en lugar de “vista” en el octavo verso. Me atengo a la lectura propuesta por Bienvenido Morros en su edición garcilasiana de 1995; las razones aducidas para preferir “vista” a “hierba” me parecen convincentes.

Ese “lugar ameno” es un sitio sin seres humanos, perfección de un lugar donde la frescura, la luz y los sonidos son los más placenteros imaginables. Todo ocurre a los pies de Toledo; el poema entero es un homenaje a la ciudad natal del poeta. En Garcilaso, empero, no hay localismo ni provincianismo. Evoco ahora una lectura inolvidable: en un precioso artículo, Azorín hace el elogio del europeísmo indudable del poeta-caballero. Toledano de pies a cabeza, Garcilaso de la Vega viajó por media Europa —algunas veces no por su gusto ni por deber, sino por castigo— y fue capaz de hablar de diversos lugares con toda soltura, con toda naturalidad, a veces con admiración, a veces críticamente. Así, se queja de las incomodidades incontables de viajar por Francia, admira retablos bíblicos en Alemania, se introduce en los cenáculos ilustrados de Italia. Su mirada, llena de una noble amargura sobre las aguas del Danubio (“río divino”), contrasta con su visión amorosa del Tajo.



Jenaro Pérez Villaamil, Taller del Moro en Toledo

El *locus amœnus* de la Égloga tercera es un cuadro “del natural”, pero sólo hasta cierto punto: más allá de ese punto, es pura literatura, literatura pura. Es un tópico clásico proveniente de la tradición grecolatina, una recreación, una glosa, un punto de partida para la *imitatio*. A pesar del peso de la tradición, los versos garcilasianos respiran por cuenta propia: están vivos, vivísimos.

Me gustaría ocuparme aquí de uno de mis poemas favoritos de fray Luis de León: la “Profecía del Tajo”; será en otra ocasión. La “Profecía” es el gran poema sobre la “pérdida de España”, es decir: acerca de la invasión árabe y el principio, por lo tanto, del largo asentamiento de la civilización musulmana en España. Es un poema sellado, en una vertiente doble, por el goticismo y el profetismo de su tema, en palabras de Francisco Márquez Villanueva. El río-profeta es imponente; me recuerda el río-dios de los *Cuatro cuartetos*.

El Greco pintó esta ciudad como nadie. No sería exagerado llamarlo “el pintor de Toledo”, su retratista por antonomasia. Dice la leyenda tejida en torno del pintor: El Greco padecía un grave defecto de la vista. Un oftalmólogo moderno sería capaz de corregirlo fácilmente; a ello se deben sus figuras elongadas, ligeramente deformes, increíbles, imposibles en su plenitud longilínea. El Greco nos importa aquí por su relación con la poesía de Toledo, puesta al lado de sus magníficos retratos de la ciudad. La montaña precipitante se levanta junto al río; éste la rodea, la circunda, le da vuelta en una especie de hemiciclo armonioso en su discurrir. Dámaso Alonso escribe sobre el cuadro correspondiente al verso de Góngora y a otros versos toledanos (Museo Metropolitano de Nueva York):

Es un Toledo fantástico (la posición de sus edificios está voluntariamente alterada, un Toledo casi sólo bidimensional, que, desde el Alcázar por la Catedral, se desploma, se precipita, sobre el puente de Alcántara. El primer término es un paisaje eglógico, de profundos verdes, unos caballos, unas figuras humanas, el río, pero un cielo inolvidable, arremolinado, agironado por la tempestad, lo cubre todo. ¡Qué cielo! Una luz espectral cae sobre la ciudad alta y desplomada, y las verdes arboledas del primer término profundizan aún más la sombra.

Uno se pregunta sobre la espiritualidad de este lugar. Algunas veces se llama a Toledo “la ciudad de las tres religiones”. Lo cierto es esto: la huella judía, la huella musulmana y la huella cristiana son otra ilustración y clara pesadumbre, el peso específico de esa espiritualidad, viva o tangible en los edificios legados a la ciudad del Tajo por las tres religiones.

Nota bene: Una larga mañana de 2013, el luminoso viernes 12 de abril, visitamos Toledo. Las autoridades de la Universidad de Castilla-La Mancha nos permitieron amablemente visitar la tumba de Garcilaso de la Vega, localizada dentro del *campus*; en otra visita eso no había sido posible —lo solucionó la gentileza y la sagacidad de una gran amiga española. Desde aquí les damos las gracias a las autoridades universitarias; a nuestra amiga, el cariño de siempre. A lo largo de estos renglones toledanos hay un puñado de citas literarias. No han sido señaladas por medio de comillas ni letras cursivas. Ocurren sobre todo en el primer párrafo. El lector sabrá identificarlas sin problemas. **U**